

# De la gramática náhuat-pipil, lengua salvadoreña bajo tachón

From the nahuat-pipil grammar: Salvadorean language, neglected

Rafael Lara-Martínez<sup>1</sup>

Profesor del Tecnológico de Nuevo México, EE. UU.

laramartinez.rafael@gmail.com

Recibido: 08/02/2015 - Aceptado: 16/03/2015

## Resumen

Recoger (*ta-pixka*), recolectar, atar en griego se dice *legein*. El enlace, tal es el *logos*. Es el lenguaje, cuya *religio* ajusta la atadura mágica, los fajos, todo lo que relaciona los objetos dispersos a una sola palabra. Su antónimo es el análisis que separa y distingue. Por ello, si la poesía es la síntesis que enlaza oraciones entre sí, la lingüística es la antítesis disolvente que las disgrega. La primera muestra el tragaluz abierto al día soleado; la otra demuestra la ventana cerrada ante la noche de luna en reposo. Si en Goya “los sueños de la razón producen monstruos” literarios, en el siglo XXI las siestas de la poesía engendran fórmulas lógicas. Hay dos “Artes muy curiosas de la lengua” que obran a contrapunto: poesía y lingüística. Traducción apócrifa de Pascal Quignard (14)

## Palabras clave

Estudios gramaticales y poéticos náhuat-pipiles, invención de un canon literario monolingüe, nacionalismo salvadoreño.

## Abstract

To pick up (*ta-pixka*), to collect, to tie in Greek is *legein*. This is the bond, such is the *logos*. It is the language which religion tightens the magic ties, the bundles, and everything that connects scattered objects to a single word. Its antonym is the analysis that separates and distinguishes it [from others]. Thus, if poetry is the synthesis of joining sentences among themselves, linguistics is the dissolving antithesis which scatters them. The former shows the open skylight on a sunny day. The latter, shows an open window before a moonlit night at rest. If in Goya “the dreams of reason produce [literary] monsters,” in the XXI century, the slumbers of poetry conceive logic formulas. There are two “very peculiar arts in language” which work in counterpoint: poetry and linguistics. Apocryphal translation by Pascal Quignard (14)

## Keywords

Invention of a Monolingual Literary Canon, Nahuat-Pipil Grammatical and Poetic Studies, Salvadoran Nationalism.

A continuación se ofrece un ensayo que expone cómo se consolida un canon literario nacional monolingüe, excluyendo el estudio de los idiomas indígenas, ante todo, el del náhuat-pipil. Entre el folclorismo, el indígena en pintura y su asimilación al otro en lo mismo, las lenguas originarias se diluyen en el olvido. El ensayo rastrea también la disparidad entre el desarrollo de la lingüística en el extranjero y la limitación de la salvadoreña. Las dos mayores recopilaciones —mito-poética y gramatical del náhuat-pipil— las efectúan extranjeros en 1935 y 1985. El ensayo esboza ese desfase

—lingüística foránea y salvadoreña—, así como las ideas nacionales que, tímidamente, abordan el estudio del náhuat-pipil.

La exposición prosigue un vaivén entre dos tradiciones filosóficas, tal cual lo explicita el epígrafe inicial de Pascal Quignard: sistemática y analítica, la una; sintética y literaria, la otra. La primera, la lingüística, tiende hacia la formalización; la segunda, la poesía, hacia el compendio de “imágenes vitales, especulativas” (Quignard, 21). Sin agotar

<sup>1</sup> Rafael Lara-Martínez es profesor del Tecnológico de Nuevo México, EE. UU. Es antropólogo, lingüista, crítico literario y escritor salvadoreño. Su trabajo ha sido reconocido con el Premio Nacional de Cultura y con la distinción de “Notable Antropólogo de El Salvador”, por parte de la Asamblea Legislativa de El Salvador. Se ha desempeñado como catedrático en México, Francia, Costa Rica, El Salvador y Estados Unidos en varias materias, que incluyen la literatura española y francesa, cultura y literatura latinoamericana, literatura centroamericana, historiografía literaria latinoamericana, lingüística, antropología y semiótica, entre otras. Correo electrónico: laramartinez.rafael@gmail.com.

el idioma, para ambas esferas, “la lengua” —la capacidad humana del lenguaje— “es en sí misma la investigación” (Quignard, 21). Sea que por poesía se entiendan los límites formales de la ciencia —“los textos poéticos, cuya lengua es verdaderamente distinta” (Launay, 1994: 18)— a contrapunto; sea que se reniegue de la regla gramatical, ya que en la “*oratio*”, en “la lengua literaria”, predomina “la *optio* y *electio*” (Quignard, 15). Se trata del doble sentido — los opuestos complementarios— del concepto de arte que oscila de la lingüística a la poética. El “arte de la lengua” refiere tanto a la gramática (Carochi, Arte [siglo XVII], Olmos, etc.) —la competencia lingüística generalizada, diría el siglo XX—, al igual que el “ars poética”, la *performancia* personal que innova y transgrede el modelo. Sea cual fuere la elección, no existe un enfoque único del idioma —un solo “discurso del Arte” (Carochi, 14)—, sino al menos prevalecen dos perspectivas contradictorias que a menudo se ignoran. Las diversas manifestaciones del lenguaje humano se realizan en la esfera gramatical, en la mito-poética, al igual que en las múltiples esferas sociales que no se materializan sin una ejecución del idioma.

## I. “Un siglo es un momento” I

Según un lema borgeano vigente, “a la luz de quien Perdura ( $E = mc^2$ ), un siglo es un momento”. Por ello, ignorar los estudios náhuat-pipiles solo representa un instante de olvido para la memoria histórica salvadoreña: todo el siglo XX, acaso también el XIX. Suceden ochenta y cinco (85) años desde la recolección de los datos mito-poéticos más amplios en el pueblo de Izalco (Schultze-Jena, 1930) —cinco (5) menos desde la publicación alemana de la primera gramática moderna del idioma (la colonial sería *Arte*, siglo XVII). Transcurren treinta (30) años de la otra gramática que cotejaría sus actualizaciones y reajustes obligatorios: Lyle Campbell (1985). Las tristes omisiones de autores nacionales comprueban que un centenario es un momento. Se trata de un diminuto *lapsus linguae* de olvido, de un hecho cultural insignificante: un patrimonio inmaterial sin recuerdo. El siglo XX delimita una brizna de ese minúsculo “soplo” que es “la vida” terrena. A la “ansiosa y breve cosa que es la vida”, su “espejo espectral”, “la memoria”, nunca “la misma”, se le insinúa entre “las grietas del olvido”.

A la identidad nacional, de la lengua náhuat-pipil le resulta intrascendente que no existan recopilaciones de textos en ese idioma de 1880-1931, tampoco de 1932-1992. Sea cual fuere la corriente literaria en boga —modernismo, regionalismo, indigenismo, esoterismo, vanguardia, etc.—, en el primer medio siglo a ningún nacional le impresiona la lengua indígena. A casi ningún ciudadano —salvo a la etno-musicóloga María de Baratta— le interesa reclamar al

indígena en su calidad de *zoon logos ejon*, animal dotado de lenguaje, y por tanto de ente político, *zoon politikon*. (Véase: Lara-Martínez y McCallister, 2013.)

No solo se trata de lo obvio. La vanguardia literaria del despegue del siglo XX —el Ateneo de El Salvador, vinculado con el presidente Manuel Enrique Araujo (presidencia, 1911-1913)— percibe en “los ejidos” indígenas “los males y el atraso de la industria agrícola, como lo comprueba la Economía Política y Social”, por lo cual su “extinción, el 2 de marzo de 1882”, “ha dado un gran halón en los destinos del país por la ruta indefinida del progreso” (*Revista del Ateneo de El Salvador*, Año I, No. 1, 1 de diciembre de 1912: 24).

Es evidente que no solo se trata de legitimar intelectualmente la abolición de un derecho ancestral a la tierra madre. Como diría el fundador del Museo Nacional —David J. Guzmán—, esa “raza decadente” (Apuntamientos, 1883: 505) es contraria al principio “eterno” de la propiedad privada que engendra la “idea” misma de “patria” (*Comentarios sobre instrucción*, 1914: 194). En tal denegación no se agota el problema indígena, ya que existe otro repudio notable: el idioma, la invención de un indígena sin lengua materna. Ni siquiera el “Leonardo da Vinci” salvadoreño —como denomina Carlos Cañas Dinarte a Juan Laínez— transcribe textos en náhuat-pipil (comentario personal de Cañas Dinarte). La obra de Laínez Campbell la juzga de “poco valor” y de “falta de interés” para la lingüística actual (951).

La ciudad letrada se desentiende del estudio del idioma náhuat-pipil y de su literatura. Será necesaria la presencia de un antropólogo alemán para que El Salvador conozca la gramática y el ciclo mitológico más completos durante todo el siglo XX (1930-1935): Leonhard Schultze-Jena. Le anteceden breves estudios léxicos y morfológicos del profesor panameño Próspero Arauz (1924), cuya publicación definitiva data de 1960. Sin embargo, salvo un breve texto que intitularía “Diálogo con el Sol”, Arauz ignora la mito-poética náhuat-pipil, a la vez que su análisis gramatical se simplifica por razones pedagógicas. Solo la aritmética —con un sistema casi decimal de corte occidental en las centenas (se/ume/yey/naawi... tsuunti)— ofrece un notable desarrollo. (Véase capítulo III de Arauz.) Resulta bastante dudoso que textos moralistas —*ne xikukwa saya, sunte tikneki tacuculijtia*, “no comas mucho, si no quieres enfermarte” (57)— ofrezcan una visión de la mito-poética náhuat-pipil y un enfoque de su visión del mundo. El estudio del idioma sirve de excusa para implantar una ética nacionalista a partir de la escuela primaria rural.



Dedicatoria del libro *Idioma pipil o náhuat de Cuzcatlán* (1937) de Tomás Fidas Jiménez. "Auspiciada por la Biblioteca Nacional", la primera gramática editada por un autor salvadoreño testimonia el enlace de la valoración de la lengua indígena y la "política de la cultura" del régimen en curso, con las ideas teosóficas que subtienden ambos proyectos. Además de concebirlas como los verdaderos toltecas, "tultécat" o "tultécaz", los náhuat-pipiles se imaginan descendientes de "Lemuria" y de la "Atlántida" según lo refrenda un miembro de la Academia Salvadoreña de la Historia en el "Prólogo". El rescate del náhuat-pipil posee un doble valor nacionalista y teosófico universal. La carencia de textos y de descripciones gramaticales — durante casi toda la primera mitad del siglo XX — define un rasgo esencial del indigenismo salvadoreño.

3

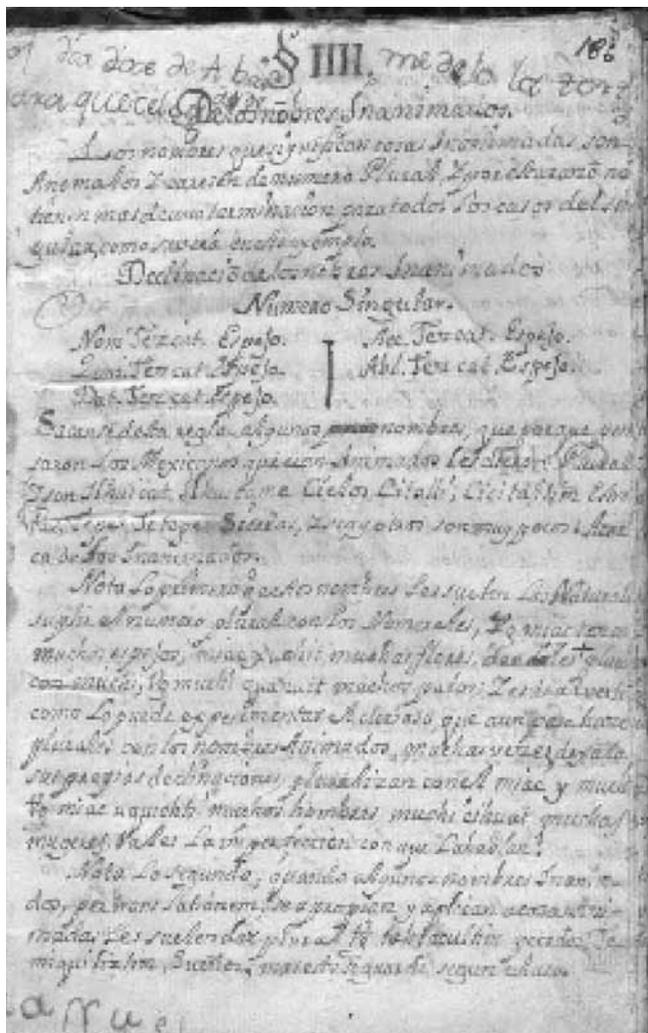
Figura 1.

Dedicatoria al general Maximiliano Hernández Martínez (1937)

Luego de ambos autores, le corresponde a Tomás Fidas Jiménez publicar una somera gramática dedicada al general Maximiliano Hernández Martínez, enlazando el rescate de la lengua a la política de la cultura en curso (1937; véase también: *Toponimia arcaica* [1936], prologada por Francisco Gavidia.) Se trata de la primera gramática náhuat-pipil escrita y publicada por un intelectual salvadoreño, la cual no recolecta ni un solo texto mito-poético del idioma que estudia. Un breve análisis interno de la palabra sustituye

toda exigencia sintáctica, literaria y hermenéutica. No en vano, Campbell (948) solo reconoce a Jiménez por sus "breves notas sobre los verbos" y por su "historia especulativa", compartida por una gran parte de los intelectuales salvadoreños de la época, a saber: la teosofía. Introducido por un académico de la historia, David Rosales h., el idioma indígena se percibe como verdadero remanente de unas Atlántida y Lemuria revocadas: "El Continente Lemuriano, cuna de la humanidad", según "la ciencia enseña" (VI). Pero ese desplazamiento —de Europa hacia continentes míticos— no suscita una ruptura con el eurocentrismo, ya que Jiménez busca adaptar el náhuat-pipil a las declinaciones latinas clásicas, como si las lenguas indígenas y las europeas compartieran similitudes tipológicas. (Véase: "de los casos (Nominativo, Acusativo, Dativo y Vocativo)" [28]). Además, por prestigio ancestral, el náhuat-pipil se asimila al náhuatl-mexicano aplicando las reglas prescritas por "Fray Andrés de Olmos" —ante todo "los verbos reverenciales"—, aun si comprueba que existen "escasos" ejemplos en "el idioma que actualmente se habla" (44).

Empero, con acierto, Jiménez advierte que el "vocativo es el único que tiene forma especial", pese a la búsqueda del género y número castellanos en los sustantivos, sin anotar otros accidentes del nombre como verdaderas categorías gramaticales náhuat-pipiles: absolutivo (*aat*, "agua", *xulet*, "viejo"), locativos (*aapan*, "río", "en el agua", etc.), posesivos (*nuaaw*; *nuaayu*, "mi agua"; "mi secreción"), junto al vocativo (*xule*, "¡viejo!", etc. Se imaginaría la sorpresa de advertir que el artículo definido y el adjetivo en inglés carecen de los "accidentes gramaticales" castellanos. La tradición gramatical de la Colonia —búsqueda de las declinaciones casuales del latín— sigue vigente, la cual la aplica al náhuat-pipil el *Arte de la lengua mexicana vulgar de Guatemala qual se habla en Ezcuintla y otros pueblos de este Reyno del siglo XVII*, no sin cierta cautela: hay partes de la oración que "no tienen casos [declinaciones] como la latina", y el plural difiere del castellano. (Véase figura 2 y Carochi, 26.) Por el "arte de la lengua" se sabe que a "los nombres adjetivos" no hay que buscarles "género ni caso".



**Figura 2.**  
 Arte de la lengua mexicana vulgar de Guatemala

**III**  
**De los nombres inanimados**

Los nombres que significan cosas inanimadas son anómalos y carecen de número plural, y por esta razón no tienen más de una terminación para todos los casos del singular, como se verá en este ejemplo.

**Declinación de los nombres inanimados**

Número Singular.

Nom	Tezcat. Espejo.	Acc.	Tezcat. Espejo.
Geni.	Tezcat. Espejo.	Abl.	Tezcat. Espejo.
Dat.	Tezcat. Espejo.		

Sácanse de esta regla algunos pocos nombres, que porque pensaron los mexicanos que eran animados les dieron Plural y son *Ilhuicat Ilhuicame* Cielos, *Citalli, Cicitaltim* Estrellas, *Tepe Tetepe* Sierras, Y si ay otros son muy pocos: acerca de los inanimados.

Nota: Lo primero que a estos nombres les suelen los natural[es] suplir el número plural con los numerales, Vg *miac tezcat* muchos espejos, *miac xuchit* muchas flores, dándoles + plural con *muchi*; Vg *muchi quahuit* muchos palos; y es advertir como lo puede experimentar el curioso, que aun para hacer plurales con los nombres animados, muchas veces, dejada[s] sus propias declinaciones, pluralizan con el *miac* y *muchi* Vg *miac uquichti* muchos hombres, *muchi cihuat* muchas mujeres, tal es la imperfección con que la hablan!

Nota: Lo segundo, cuando algunos nombres Inanimados, *per translationem*, se apropian y aplican a cosas animadas les suelen dar plural Vg *tahtacultim* pecados, *Temiquilzitim* Sueños, más esto se guarde según el uso.

(Se transcribe, la figura 2, según la regla ortográfica actual).

Las ideas teosóficas de Jiménez se prolongan —entre la transparencia del *logos epitaphios* y la máscara de la tradición— hasta mediados de la década de los setenta del pasado siglo. Casi al despegue de la guerra civil, el oscurantismo de una pseudo-ciencia sigue asimilando lo indígena a lo atlante, sin opción racional contraria: “ignorantes de las fuentes iniciáticas”, la verdadera documentación científica primaria (Salarrué, 1974: 145; véase una sala de antropología con tales ideas). No solo sus postulados irrefutables —como toda creencia oculta— borran el estudio gramatical de la lengua náhuat-pipil cuyo hablante, como la mujer, ante todo existe al interior del poeta. “Yo te inventé a ti [mujer] poco a poco” (130), mientras las presuntas divinidades pipiles que incitan a una revuelta indígena de 1932 son mexicanas (Tlaloc, Mictlán, Ehecatl, etc., y demás nombres con “tl”), tlaxcaltecas (Camaxtli), maya-yucatecas (Itzamna), quichés (Cabracán; “en nahua no hay [...] letra B” (León-Portilla, [71]), muisucas (Boshica), esto es, pura ficción literaria (144-146), sin textos náhuat-pipiles legítimos. Si la mujer se desprende del hombre, el indígena nace de la ciudad letrada por decreto de la identidad nacional. (Véase, León-Portilla, 64, quien revela el nombre náhuat-nicarao del “dios que envía la lluvia”, Quiatéot, [*quiyahui(tl)*], “Ilover; lluvia, aguacero”, Karttunen, 213.) Mientras Tlaloc se relacionaría con Tamagástad, faceta masculina del Creador. Ambas deidades ofrecen “testimonios” de los nahuas más antiguos que se conocen de la región del altiplano”, (68) acaso pre-mexicas.

Esta mezcla heterogénea de divinidades posee una larga dimensión, ya que, desde 1919, en *La mitología de Cuscatlán*, Miguel Ángel Espino —el “poeta con brazos de militar” (57)— se permite la licencia poética de inventar un panteón náhuat-pipil a su arbitrio. Al “cantar lo propio”

y hacer de “los escritores y poetas” los verdaderos “historiadores” (8) desfilan las deidades siguientes: Teotl (31), náhuatl-mexicano para Teut, y otros tantos nombres con tl y o (Teopantli [31], Tonal, Tlacatixtli [32], Tlaloc [33]...), fonemas ausentes del náhuat-pipil. Asimismo, hacen presencia en el país los Bacab maya-yucatecos (34). Espino explicita la episteme de la historiografía salvadoreña al hacer que la poesía sustituya la historia, la literatura, las ciencias sociales y, al cabo, la introspección reemplazaría el documento primario. A lo sumo, como lo demuestra Alfonso Rochac (1935), la breve documentación elemental náhuat-pipil se limita a listas aleatorias de palabras para exaltar el nacionalismo y promover el turismo. (Véase ilustración.)

Por tal omisión del idioma, es obvio que las premisas teosóficas y las licencias poéticas ignoran el desarrollo de una lingüística cada vez más formalizada y exacta, con modelos matemáticos que culminan en la creación de los lenguajes artificiales, la computación e internet. Basta señalar que la teoría Atlántida del indígena sigue vigente unas dos décadas después de *Estructuras sintácticas* (1957) y una luego de *Aspectos de una teoría de la sintaxis* (1965) de Noam Chomsky, con quien despegó el análisis formal de “los lenguajes naturales”. Igualmente, según la exigencia de Espino, el poeta vuelto historiador escribe unos diez años después del descubrimiento definitivo del ADN (1962), pero en momento alguno el examen de esa evidencia genética desempeña papel alguno en la teoría teosófica racial que clasifica al indígena como atlante. No obstante, la exigencia antropológica elemental resulta ineludible: ADN y genoma, lingüística histórica de la familia yuto-nahua, estudio gramatical y hermenéutico, literatura náhuat-pipil, etc., en reemplazo de la teosofía y de la exaltación nacionalista.

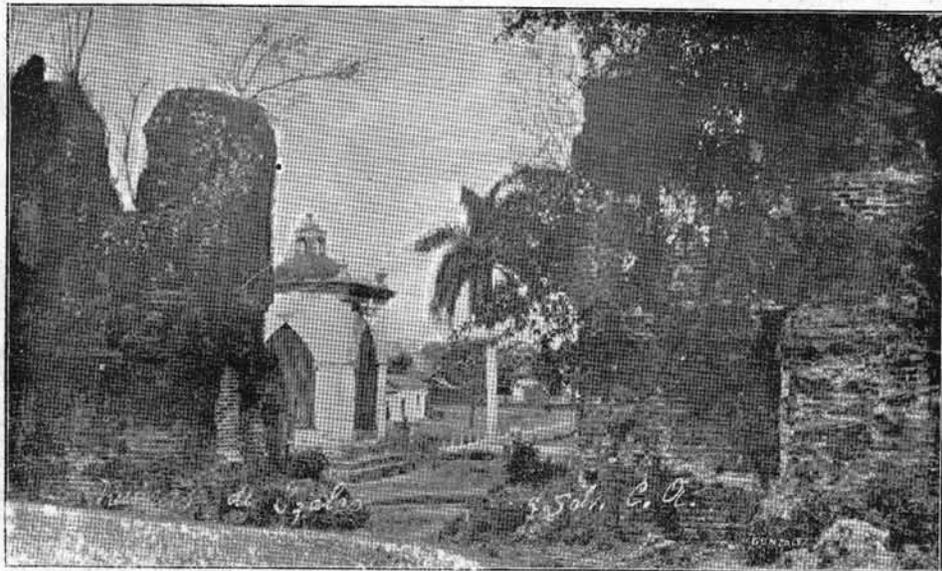
## Todo lo que al viajero puede ofrecerle Izalco

El Paisaje, los baños, las frutas, el volcán, los indios, la lengua pipil.

Por el Doctor Alfonso Rochac

**S**EGURAMENTE Izalco es de las poblaciones a donde mejor puede una persona ir a restaurar sus fuerzas. Izalco tiene clima seco y una temperatura moderada. Tiene panoramas que despiertan en el ánimo la emoción del infinito.

En frente de la ciudad está el Volcán de Izalco con su penacho de humo durante el día y con el baño de fuego por las noches. A cada instante el coloso retumba fuertemente. En los primeros momentos el viajero sospecha la proximidad de una tormenta, pero a poco se da cuenta



RUINAS DE IZALCO

de que es el volcán el que está en constantes descargas. El movimiento del suelo por la frecuencia de pequeños temblores de tierra inofensivos y que el nativo ya casi no percibe, producen en el viajero una emoción curiosa, mezclada de asombro, duda y curiosidad. Con cada retumbo viene el temblor, y las aldabas de las puertas anun-

cian constantemente la presencia de un personaje que, sin duda alguna, es el espíritu del volcán.

Izalco tiene unas fuentes deliciosas. Se llaman las fuentes de Tecosol o Atecosol. De las peñas sale silenciosamente el manantial a llenar las piscinas donde todos los nativos practican con

deleite el precepto higiénico del baño. El baño en Izalco es un placer. El gentío acude a todas horas a las fuentes. En todos los que pasan por el camino de los baños se nota el contento por el próximo chapuzón o por el aseo y la frescura ya satisfechos en las fuentes.

Las fuentes de Atecosol tienen un salto maravilloso que llaman El Chorro. El Chorro es justamente el orgullo de los izalqueños. El chorro depura al cuerpo que toca, de las humores infectos que se han acumulado diariamente. El chorro al golpear las espaldas del débil, le comunican la esperanza de robustecer.

Izalco es una población de gentes aseadas y alegres. Izalco es una población de gentes buenas y confiadas. Así deben haber sido las ciudades romanas en donde, como en ésta, el baño era un precepto que se cumplía con regocijo.

El que haya ido a Izalco tendrá deseos de volver, porque guardará en su corazón emociones impercederas, emociones que por ser puras y naturales, hacen más bueno al bueno y menos malo al perverso.

Izalco tiene frutas que encantan al paladar y limpian la digestión del que, en la ciudad, come constantemente cosas condimentadas, retenidas y conservadas con los artificios de la industria. En Izalco el viajero beberá el coco, de agua siempre fresca; comerá el mango dulcísimo en su sabor y grato en la presencia, con sus colores de chilitota juguetona. Comerá el jocote tan rico en sabor que nadie sabría describirlo. Comerá los nances inmensos, y los comerá frescos. aun duros, sin el principio de fermentación con que llegan hasta las ciudades. Comerá el níspero, complejo gratisimo al sabor, color y perfume; en sabor es fermento azucarado; en color es la cara de una india y en perfume es el aroma del mosto o de la chicha que ya va estar de punto. Y si el viajero fuera curioso comería la *cush-ta* con sabor a especies de Oriente: la anona esponjosa y suave; la piña azucarona, la caña de seda, el copinol—golosina de los niños,—la guayaba, el caimito, la paterna y mil frutas más que en la ciudad se comen magulladas y ruines casi a punto de podrirse.

Aparte de todo eso Izalco tiene en su pureza, los últimos restos de nuestra raza autóctona. El indio pipil vive en el *barrio de abajo* en casas típicas, con sus costumbres, sus trajes, su lengua propios. Verá el viajero a la india vendedora, con su refajo policromo, llevando en la cabeza un canasto con frutas donde los colores se han dado cita para desafiar al sol.

Por si quisiera el viajero hacer diálogo con los indios, le ponemos un vocabulario mínimo para que resuelva una conversación elemental cuando vaya al rancho de la Cofradía de la Virgen de los Remedios de Izalco, a depositar el tributo de su fe. (1)

Va en seguida el Vocabulario:

Español	Nahuat
Cabeza	Tzuntécum
Boca	Item
Ojo	Ish
Labios	Temshipal
Mi (posesivo)	Nu

Español	Nahuat
Tu (posesivo)	Mu
Tu lengua	Munenépil
Oreja	Nácas
Cabello o pelo	Yzúncal
Carrillos o mejillas	Cámac
Mis carrillos	Nucámac
Tus carrillos	Mucámac
Nariz	Iyac
Tu nariz	Múyac
Tus dientes	Mútan
Mis dientes	Nútan
Cuello o nuca	Kechúyo
Tu garganta	Mutuscántan
Tu mano	Múmey
Mi uña	Nuistit
Brazo	Máhcul
Pecho o teta	Chichihuat
Barriga	Ihti
Muslo	Mescúyu
Pierna	Teguáheca
Pie	Igshi
Dedos de la mano	Mapípil
Dedos de los pies	Igspípil
Calcañal	Tzunquequéyal
Tu estómago	Muelishcu
Carne	Nácat
Sangre	Esti
Corazón	Yúlo o Yúlut
Hombre	Tágat
Mujer	Síguat
Niño	Pipil o Pilsin
Muchacho	Cúnet
Sombrero	Shúmpe
Colchón	Pepeishte
Agua	At
Fuego	Fúi
Aire o viento	Echécat
Corriente o vertiente de de agua	Apán
Tierra	Tal
Sol	Túnal
Luna	Méztí
Estrella	Cítal
Iglesia	Tiúpan
Casa	Cal
Puerta	Itémcal
Cerro	Tépet
Calabaza	Tecúmat
Camino	Uhti
Camino real	Nuey-úhti
En el camino	Tit-úhti
Huevo	Textiste
Sal	Istat
Espina	Nuísti
Padre	Técu
Mi padre	Nutécu
Madre	Nan
Mi madre	Núnan
Nuestro Padre (Dios)	Teotécu
Nuestra Señora (La Virgen)	Nunáncin
Calzón	Sala
Tu refajo	Múcuey
Enagua	Cuéyat o cuéyti (Ishuatán)
Piedra	Tet
Cangrejo	Tecuísí
Pescado	Míchín

Figura 3. Revista El Salvador de la Junta Nacional de Turismo, No. 3, 1935, en exaltación nacionalista de lo indígena en Izalco, por la "pureza [...] de nuestra raza autóctona".

## II. “Un siglo es un momento” II

Anteriormente, si Schultze-Jena prosigue las teorías de Edward Sapir (1921) y Franz Boas (1938) —maestro del mexicano Manuel Gamio—, tales logros inaugurales no afectan en lo más mínimo la sensibilidad que la ciudad letrada salvadoreña se forja de lo indígena. Por ello, casi ninguna teoría lingüística influye en la percepción que la cultura urbana se crea sobre el náhuat-pipil. Al nacionalismo salvadoreño no lo impresionan los estudios históricos que clasifican el idioma dentro de la familia yuto-nahua, la cual se extiende desde el estado de Utah en EE.UU. hasta Nicaragua, ni la tesis Sapir-Worf (Worf, 1957) o su antónimo, el formalismo de Leonard Bloomfield (1933), cuya obra culmina en la propuesta chomskiana antes citada.

Hacia la primera mitad del siglo XX, solo Schultze-Jena indaga la idea de la lengua como prisma que tiñe el mundo, al distinguir —en un kantismo certero— “la cosa en sí (*das Ding as Sich*)” de la cosa nombrada en la lengua. A nivel tipológico, cada idioma —cada grupo de lenguas emparentadas— capta “el desierto de lo real” a través del “cristal con que lo mira”. Basta revisar el idioma inglés para descubrir cómo calca el movimiento de los objetos en el espacio-tiempo-energía.

*Go in/out/down/up/through/ahead/back...* expresan ideas que se reencuentran en algunas lenguas mayas, mientras el castellano las ignora —las enuncia bajo otro tinte gramatical—, salvo quizás en su versión nuevo-mexicana: “ya estamos pa’trás de la quebrada” (“*we’re back from the break*”).

Tampoco el funcionalismo —al investigar la manera particular de expresar las categorías lógico-gramaticales— propicia el estudio del náhuat-pipil, cuya tipología varía sensiblemente de la castellana. Menos aún, repercute el formalismo chomskiano, cuyo inicio matemático —en los sesenta y setenta— coincide con la antedicha identificación de lo indígena a lo atlante, por parte del oscurantismo teosófico. Esta filosofía iniciática se halla vigente en la recopilación más exhaustiva de relatos en lengua náhuat-pipil: la investigación de Baratta (1959; véase: Lara-Martínez y McCallister, 2013), quien por unas tres décadas se dedica al trabajo de campo. Baratta realiza el quehacer que ningún otro intelectual salvadoreño lleva a cabo en el siglo XX. Transcribe en un alfabeto latino fragmentos claves de la literatura náhuat-pipil, haciendo que la imagen petrificada

le entregue una narración de su experiencia (para el reverso, imagen sin palabra náhuat-pipil, véase la ilustración siguiente).



**Figura 4.** Si “una imagen vale mil palabras” —dicho en cinco palabras— la propuesta del indigenismo salvadoreño resulta más paradójica y tajante. La figura plástica del indígena vale más que toda gramática o “arte de la lengua”, aún más que toda recolección de relatos mito-poéticos. Bajo el reino de la imagen, la palabra náhuat-pipil la devalúa el dicho en castellano cuyo “indígena en pintura” promueve el turismo por el arte nacional ligado a la labor agrícola comercial: el corte idealizado del café. (Portada de José Mejía Vides para la revista *El Salvador*, órgano oficial de la Junta Nacional de Turismo, dirigida por Luis Mejía Vides; edición bilingüe, castellano-inglés, distribuida en las embajadas de 1935 a 1939.)

En seguida, cabe mencionar el trabajo olvidado de Juan G. Todd, *Notas del náhuat de Nahuizalco* (1953). Aun si no sobrepasa la formación de palabras —la morfología—, Todd

constituye “el mejor de los pioneros”, según Campbell (956). Tal aseercción verifica el retraso de los estudios lingüísticos en El Salvador. Hacia mediados del siglo XX, esta esfera de la investigación se sitúa en su prelude fundacional, sin análisis sintáctico ni textos mito-poéticos transcritos. La demora —que caracteriza la ciencia nacional del lenguaje— la confirma Pedro Geoffroy Rivas (1961), cuya gramática retoma los datos de Todd, de acuerdo con Campbell (949 y 956), a la vez que excluye toda referencia a la mito-poética náhuat-pipil. Por ello, su labor literaria emblemática —Yulcuicat-Versos (1962/1978: 44-50)— solo incluye fuentes náhuatl-mexicanas y quichés de alto prestigio —*Cantares mexicanos*, Fray Bernardino de Sahagún, Manuscrito palatino, Códice Vaticano, *Popol Vuh*—, como si el despegue de una nueva vanguardia renovara el desdén por la mito-poética vernácula. Tales son las paradojas del nacionalismo salvadoreño que anhela arraigar una identidad de sí con datos primarios ajenos. En su defecto, lo social se arraiga en la subjetividad poética de un solo individuo. El otro en lo mismo, según un nuevo axioma borgeano o, si se prefiere, mi voz es “la voz del otro”, tan distantes de sí, que entre ellas media “un abismo” (Pessoa, 7).

A lo sumo, la candente discusión de Geoffroy Rivas con Jorge Lardé y Larín —sobre las etimologías y toponimias náhuat-pipiles— reconfirma que no existe una lingüística más allá de la palabra (*Diario Latino*, noviembre de 1957; Toponimia, 1961. Lardé y Larín, *El Salvador*, 1957/2000). Ninguna estructura sintáctica compleja, semántica estructural, ni menos aún literaria y mítica se presta al debate político-científico. La única intuición geoffroydiana por estudiar los textos náhuat-pipiles antiguos —al transcribir una “Ordenanza de 1666 para la ciudad de Santa Anna por Fray Payo de Ribera, obispo de Guatemala” (1969: 87-93)— queda sin resolución hasta el presente, ya que su paleografía no se acompaña de un análisis gramatical ni hermenéutico que la sustente. Acaso, demasiado influenciado por la episteme nacionalista de la época —un régimen subjetivo y literario—, Geoffroy Rivas elude todo estudio lingüístico y etno-histórico, para volcarse a la poesía. Pese a su intuición irresuelta, Geoffroy Rivas rompe el paradigma en boga en El Salvador, desde el siglo XIX, sobre una migración primitiva de los nahuas hacia el norte, al apoyar la tesis migratoria de Jorge Vivó Escoto (1972), quien, prosiguiendo la antropología de la época, documenta las olas peregrinas sucesivas que descienden del norte hacia el occidente del país. (Véase también Armas, 1974.) En este acierto, su trabajo anticipa un prelude a la antropología actual, esto es, pos-teosófica y asentada en

una investigación más objetiva de los datos externos a la introspección poética.

Si realmente se desea revitalizar —simplemente conocer— un idioma en vías de extinción, no basta estudiarlo en su uso actual limitado e informal por razones de una política lingüística. Es necesario rescatar su empleo casi oficial en la administración pública y religiosa durante la Colonia. Este patrimonio idiomático intangible permanece en el olvido, ya que hasta el 2015 no existen investigaciones que contrasten el uso antiguo de la lengua con el actual. Los trabajos etno-históricos recientes aseguran la existencia de veintidós (21) documentos náhuat-pipiles de 1549-1666, de los cuales “trece (13)” provienen de El Salvador, a la vez que señalan ese siglo como época de oro para el náhuat-pipil, en su función de “lengua vehicular” de la administración colonial (Matthew y Romero, 2012: 766 y 775; Romero, (34) asienta “más de 60 documentos en pipil y en náhuatl central”). Ese legado permanece inédito para la antropología museográfica salvadoreñas.

En cuanto a Lardé y Larín, su libro se publica sin cese ni crítica —justificado como pilar de la identidad nacional—, pese a su teoría “inamovible” que imagina El Salvador como cuna de los nahuas, según una hipótesis bastante obsoleta (2000: 150, la cual ya la explicita en 1947; para una clasificación clásica de “*Uto-Aztecan Family*”, véase: Ronald W. Langacker, 1977: 5-6 y Miller, 1984). Se trata de una copia del historiador británico E. G. Squier (337), quien en el siglo XIX asienta “la hipótesis de una migración de Nicaragua y El Salvador al Anáhuac”. De nuevo, el retraso lo evidencia el desconocimiento de la lingüística histórica que, desde principios del siglo XX, establece la composición de la familia yuto-nahua, la cual se extiende por migración descendente del estado de Utah, EE.UU., al centro de México y, luego, hasta Nicaragua (Campbell, 5-13 y Fowler, 1989, así como Dakin y Wichmann, 2000: 68, “los pobladores nahuas de Mesoamérica dejaron su tierra norteña nativa yuto-azteca durante los primeros siglos del presente milenio”, más concretamente, “el primer grupo” proviene de “la región de Durango-Jalisco” [58]). Resulta flagrante el contraste entre la ciencia del lenguaje extranjera y la invención de una identidad indígena, según el dictamen de la ciudad letrada salvadoreña (Dakin y Wichmann, 2000: 67, “los pipiles fueron enviados de Teotihuacan para conquistar y dominar [...] la producción de cacao”). A continuación se enlista la clasificación de la familia yuto-nahua/azteca y la composición interna de la rama nahua.

1. Nómico
2. Tübatulabal
3. Takic
4. Hopi
5. Pima
6. Taracahítico (tarahumara; yaqui)
7. Cora-Huichol
8. Nahua-Azteca
  - a) Pochuteco
  - b) Nahua general
    - 1) Nahua oriental
      - a. Pipil: Golfo/Istmo
      - b. Sierra de Puebla; Huasteca
        - 2) Nahua central-occidental
          - a) Nahua central: Valle de México, Morelos, Puebla; Tlaxcala; Guerrero (centro) Puebla (sudeste)
          - b) Nahua occidental: Toluca; Guerrero (norte); Guerrero (sudeste); Michoacán, Guadalajara, Durango.  
[Dakin sitúa el “pipil/nahuatl” como rama marginal del náhuatl oriental (tolteca y huasteca)].

Clasificación canónica de la familia yutonahua/azteca (Langacker, 1977 y Campbell, 1985) y del náhuat-pipil dentro del grupo nahua (grupo 8) (Dakin, 175 y Kaufman, 3; para una actualización, Hasler, 2011: 59-60: “del este (pipil), del centro, del norte, del oeste” y “pochuteco”). Por una tradición inevitable, en inglés se utiliza el término *Uto-Aztec* para denominar a la familia entera, asimilando las ramas sureñas del nahua —pipil y nicarao— al altiplano central. En términos de Hasler, representaría identificar el paleonahua y el neonahua a la tercera y última oleada migratoria, la mexicana. El prestigio social impone la terminología técnica y científica.

Esa idea migratoria —del centro al norte— la reitera Toruño, quien, hacia mediados del siglo XX, sostiene aún que “la cuna de la civilización primitiva de América por los siglos III-IV estuvo en Güija”, como lo requiere la emulación nacionalista (26). Como episteme de la época —calco del británico Squier—, la idea de una migración de El Salvador al centro de México la reiteran Jiménez (1936: 1) —“fue de tierras centroamericanas donde se originaron las invasiones para el norte, hacia México, dando origen a las diversas tribus e imperios que los españoles encontraron”— y Salarrué (1974: 145), “la primitiva Tulan del Güija”, de la cual reniega para asentar el origen en “un viejo Oriente”, esto es,

en “la raza atlante”. De nuevo, existe un desfase sustancial con la antropología extranjera, en cuanto al origen de las lenguas y de la civilización. Desde principios de los sesenta, el arqueólogo estadounidense Richard S. MacNeisch (1964) establece que el origen del maíz —sustento agrícola de la civilización mesoamericana— se encuentra en Oaxaca, en el valle de Tehuacán. En este lugar, progresivamente se domestica la planta hacia “7000-5200 A. C.” (532), para propiciar una sociedad urbana estable.

Hacia finales de los sesenta, en plena reforma educativa —bajo el liderazgo del “Ministro Licenciado Walter Béneke” y de la “Directora de la Revista Claudia Lars” — el atraso de los estudios náhuat-pipiles lo reconfirma la mejor revista literaria de la época: *Cultura, Revista del Ministerio de Educación* (No 50, octubre-diciembre de 1968: 95-97, ilustración anterior; nótese que de Rochac [1935] a Lazo [1968] no existe un gran avance lingüístico más allá de un corto vocabulario). Para la exigencia intelectual de la ciudad letrada, una simple recopilación de cien palabras al azar satisface la complejidad de un “idioma autóctono de El Salvador”, diez años después de la formalización chomskiana. Si el “XV Certamen Nacional de Cultura” incluye un premio “en arte” bajo el tema “Planos para el Museo Antropológico de El Salvador” (181), hacia su clausura en “agosto de 1969”, la lengua indígena y su literatura aún no se consideran un requisito esencial de la antropología salvadoreña.

Esta carencia —falta de estudios gramaticales náhuat-pipiles— contrasta de manera radical con el caso del náhuatl-mexicano. A menos de una década después, hacia 1976, en el prólogo al trabajo de Thelma Sullivan, Miguel León-Portilla asegura que esta lengua indígena cuenta con el mayor número de investigaciones lingüísticas, unas “cuatrocientas cincuenta” obras sobre la lengua “clásica” y “sus distintas formas dialectales” (5). De tal avance científico se presupondría que el náhuat-pipil se hallaría incluido en esa extensa lista de análisis y que tal inventario afectaría la conciencia literaria salvadoreña. No obstante, hacia mediados de la década de los setenta, aún se desconocen los documentos administrativos en náhuat centroamericano —salvo el que reproduce Geoffroy Rivas—, al igual que se ignora el ciclo mitológico más completo, el que transcribe Schultze-Jena. Además, la gramática más completa todavía se halla en alemán y náhuat-pipil, sin suscitar interpretaciones diversas como sucede para el náhuatl-mexicano. Sigue vigente un desbalance entre la conciencia histórica de una nacionalidad en castellano

exclusivo, por una parte, y el substrato indígena vivo con su legado ancestral, por la otra.

Por ello, queda sin testimonio la narratología indígena —su poiesis—, cuyos sucesos inéditos pasan (*panu*) y se saben (*mati*) ante el ojo (*ix*), tal cual el descenso iniciático a los infiernos que vive todo neófito, ritual de iniciación en boga aún según el psicoanálisis pos-lacaniano, al aconsejar una travesía por el inconsciente: un diez por ciento de los relatos que recopila Schultze-Jena retoman este motivo universal. Pese a que la gramática náhuat-pipil rige un modo testimonial —*panu*, *ixmati*, *-ixpan*—, dizque tal categoría no existe previamente a todo testimonio de los sesenta. (Véase: Beverly.) Sin embargo, no existe la continuidad de un legado histórico sin un testimonio visual del hecho. Esta categoría sensorial la reitera la “Ordenanza de Fray Payo de Ribera (1666)”, al exigir que todo “conteo (*puwal*)” de los frutos (*i-takil*) la realice la supervisión testimonial (*-ix-pan*) de la autoridad eclesiástica (Geoffroy Rivas, 1969: 87-93). Según la exigencia jurídica colonial del náhuat-pipil, no hay historia narrada sin un *ixpanti* —“lo que ocurre ante mí”— ya que solo esa presencia inmediata de un Dasein justificaría un *ixpantilia*, “instruir/proponer/declarar/dar a conocer un hecho a alguien”, es decir, la inscripción de un documento histórico secundario.

Habrà que esperar la llegada de otro extranjero —el estadounidense Lyle Campbell (1985)—, para que los estudios náhuat-pipiles se renueven. Campbell ofrece la gramática descriptiva más actualizada, el diccionario más exhaustivo con referencias al náhuatl-mexicano, al igual que una breve selección de textos mito-poéticos. Hacia los mismos años aparece el trabajo de Augusto Salvador Latín (1982), el cual prosigue la tradición nacionalista salvadoreña que rara vez sobrepasa un enlistado heterogéneo de palabras, como ya lo ejemplifican Rochac (1935) y Lazo (1968) antes citados. Con el trabajo de Campbell se alcanza la firma de los Acuerdos de Paz (1992), es decir, casi la clausura del siglo XX, sin una influencia directa ni categórica de la lengua indígena en la visión que la ciudad letrada inventa del indígena. No en vano, en 1997, al editarse la “Biblioteca Básica de Literatura Salvadoreña”, ninguno de los treinta (30) volúmenes juzga pertinente la contribución literaria náhuat-pipil a la identidad letrada nacional. Esta flagrante omisión atestigua cuan reciente resulta el interés por el idioma como rubro nodal de la nación salvadoreña. Su salvaguarda define una revolución del siglo XXI —en el sentido original de la palabra—, que ante una crisis de

identidad global anhela hacer un “viaje” de retorno “a la semilla”, según una expresión carpenteriana clásica.

Se trata de una cuestión espinosa y espiniana, por una simple razón. De la memoria precedente se deduce que no existe un tradicionalismo más arraigado que omitir el estudio de la lengua de un pueblo al hablar del pueblo. Tal es la enseñanza de los clásicos que, “en nombre de la identidad nacional y su idiosincrasia”, se recicla sin cese (Rivas Bonilla, contraportada). El náhuat-pipil posee una “pronunciación pueril” y “pocas voces abstractas” (David J. Guzmán). Si Costa Rica es pacífica y desarrollada es porque “apenas hay indios, fuera de los degenerados talamancas” (Alberto Masferrer, 6). “¿Has visto tú que indio más bruto?”, “los hay más brutos que los mismos animales” (Rivas Bonilla, 125). “El náhuat más lleno de nosotros nunca se escribe” (Claudia Lars, 349). Al náhuat-pipil “le llegó el tiempo de ser historia” (Juan Felipe Toruño, 55). Del náhuat-pipil “no queda nada escrito” (Luis Gallegos Valdés, 11). “No existe pues un problema indígena específico”, desde la época colonial, menos aún su lengua (Roque Dalton, 23). El ámbito de estudios que la ciudad letrada desdeña lo juzga según su “apetito de” volverlo “mármol y olvido”.

Excluir el estudio de la lengua indígena establece una exigencia de la literatura salvadoreña durante casi todo el siglo XX. Se trata de una herencia que la reciente invención de los “estudios culturales” jamás superará hasta establecer un acopio considerable de investigaciones etnográficas, etno-históricas, gramaticales, hermenéuticas, médicas *folk* (parteras, chamanes, etc.), poéticas, etc., sobre el idioma náhuat-pipil. Hasta el 2014, no existe una sala museográfica —ni una colección de estudios— que reconozca el aporte del idioma náhuat-pipil al conocimiento humano universal. Entretanto, la identidad la establece una tradición donde el Otro yace sino muerto, al menos mudo desde el inicio de la historia.

### III. Identidad selectiva

“Viajaba a través del país que había inventado. A cada rato construía en sueños esta falsa patria. Su verdadera patria no existía para él. Así fue construyendo el pasado que no había tenido.” (Fernando Pessoa)

No se duda de que un legado cultural que se establece en la literatura constituya una identidad nacional. Desde la ciudad capital, las letras enlazan a los escritores y a sus lectores

en una red social de símbolos e imágenes que sustituyen lo real. Tanto más la literatura se vuelve influyente cuanto que resulta lectura obligatoria —historia oficial— en las escuelas, tal cual lo realizan las Lecturas Nacionales de Saúl Flores desde finales de los treinta. (Véase dedicatoria final al libro, tachada a menudo.) “La lengua es un cuerpo de prescripciones y de hábitos comunes a todos los escritores de una época” (Barthes, 11), cuyo “horizonte” funda “la verticalidad del estilo”: una identidad nacional (14). La conformación misma del grupo depende de aceptar ese mandato como herencia selecta, verdadera e incuestionable. Por lealtad a un pasado, la historia de las ideas obliga a reciclar contenidos obsoletos, a saber: la de un indígena sin una lengua materna, sin una gramática compleja, ni un legado mito-poético sustancial, digno de formar parte de la literatura nacional hasta finales del siglo XX.

Escrita con el símbolo de igualdad (=) en aritmética, toda identidad resulta de una selección arbitraria, limitada por definición, de los infinitos elementos que componen un conjunto. Se trata siempre de una antología que enfatiza ciertos textos para confinar otros al olvido. (Véanse los múltiples sentidos de un solo referente:  $4 = 2 + 2 = 10 - 6 \dots$ ; si *seize cents soixante quatre = sixteen sixty-four =* mil seiscientos sesenta y cuatro. ¿Luego del dólar, el inglés como idioma oficial no significaría un cambio en el sentido de la historia nacional?) Por ello, la cuestión nodal no se formula por cuál razón los estudios culturales estudian y discuten la literatura salvadoreña del siglo XX. El verdadero dilema interroga por qué no investigan el idioma náhuat-pipil, su mito-poética, filosofía, etc., como apartado esencial de la identidad nacional. La propuesta de este ensayo presupone ese giro hacia el estudio de la lengua indígena como centro de rotación de una identidad selectiva distinta.

Si la poética de la historia que exponen los escritores clásicos fuese un axioma irrefutable, las consecuencias las expone este prólogo de varios estudios náhuat-pipiles por venir. El análisis racional del idioma se juzga un rasgo ajeno a la identidad nacional del siglo XX, como lo demuestran la falta de un archivo amplio de textos mito-poéticos y la ausencia de gramáticas que correspondan al avance de la lingüística como ciencia, al igual que al desarrollo de los estudios poéticos y narratológicos. Tal reemplazo —la memoria de lo indígena sin lengua— lo anticipa el doble sentido del verbo *popòlhuia* en náhuatl-mexicano —*puluwa*, “perder” en náhuat-pipil—, el cual “significa borrar algo a otro, y tómate por perdonar, porque quien perdona, parece

que borra la culpa” (Carochi, 178). En casi toda la literatura salvadoreña del siglo XX, la ausencia del náhuat-pipil se juzga un dato irrelevante para el conocimiento del Otro, ya que los padres fundadores del canon nacional lo dictaminan así en su legado poético ancestral. Tal es el “perdón” — dispensar la ausencia del idioma—, “borrarlo” y “perderlo”, en una palabra, *tlapòpolhuilōni*, “es digno de que se le perdone algo”, que se borre algo y que se pierda (Carochi, 178). Si esta herencia literaria continúa vigente —la de un canon literario monolingüe, cuyo borrón se perdona— no extrañaría que su práctica sustituya la antropología en la educación nacional y en la museografía oficial.

No obstante, la exigencia científica del siglo XXI requiere que la propuesta de una poética-ficción la sistematicen al menos los siguientes rubros: 1) un estudio del ADN y el genoma náhuat-pipil, demostrando su filiación biológica-racial; 2) otro de lingüística histórica, estableciendo su parentesco yuto-nahua por comparación; 3) un estudio histórico de las migraciones, utilizando los recursos arqueológicos, etno-históricos y lingüísticos necesarios; 4) un rescate de los documentos coloniales que revela la investigación de Matthew y Romero escritos en “la vibrante ciudad letrada” náhuat-pipil de los siglos XVI-XVII (775), e incluso un texto del siglo XVIII: *Pláticas piadosas*; 5) una gramática formal del náhuat-pipil, como lo exige Noam Chomsky desde *Estructuras sintácticas* (1957), en su defecto, una tipología funcionalista sobre sus categorías morfológicas, gramaticales y semánticas, tanto en los textos coloniales como en su uso presente, y 6) un conjunto amplio de relatos mito-poéticos en náhuat-pipil, al igual que una investigación filosófico-hermenéutica de su narratología y mitología, etc. Solo después de cumplir tales requisitos podrá concluirse con la “nueva filología” y será cuando la significación de “las estructuras, esquemas y tendencia de una sociedad” cobren su verdadero sentido, gracias a las “fuentes en la lengua” original y al testimonio de sus miembros (Lockhart, 2007: 7).

A cambio, en nombre de la identidad nacional, la historia hecha poesía recicla las ideas del siglo XIX, que suplanta todo estudio razonado por creencias religiosas y políticas obligatorias, a saber: 1) América, cuerpo de una mujer mutilada cuyas extremidades se fraccionan hacia Atlántida y Lemuria, según la geología; 2) de esos continentes emigran los pueblos indígenas que representan la cuarta raza humana, la raza atlante; 3) olvido de todo análisis lingüístico, mito-poético y literario de la lengua náhuat-pipil; 4) la diferencia no existe por fuera del Yo-pensante, de la

ciudad letrada, que recrea el mundo a imagen y semejanza del Otro-en-lo-mismo, quien yace latente al interior de sí; el indígena de los teósofos proviene de la Atlántida; el de Dalton, de la primera guerrilla, y 5) por su semejanza al náhuatl-mexicano, el náhuat-pipil suele considerarse una de "las tres partes" de ese idioma de prestigio, dividido en "vulgar, reverencial y pipil" (*Teotamachtilizti*, siglo XVII: 1), como lo demuestra la transposición de fuentes primarias del altiplano central mexicano al trópico salvadoreño bajo una licencia poética. Las lecturas de los textos nacionales reemplazaría el estudio de la ciencia contemporánea: geología, biología, arqueología, antropología, lingüística, etc., en una nación sin lugar para la lengua indígena ni su análisis racional.

Por falacia se sustituye el estudio de la literatura mestiza —siempre en castellano— como pretexto para olvidar el náhuat-pipil en sí mismo. El designio poético implica que el imperativo categórico de una identidad nacional lo exprese una "piedra de sueño", la cual relata un pasado tan "hermoso" como "falso" (Pessoa, 19). La historia literaria cuenta un pasado náhuat-pipil que "nunca tuvimos" (18), ya que en ese pretérito la "ola revienta en llanto de espuma". El objetivo de los ensayos por venir, el idioma indígena, se esconde tras un bosque oscuro en "el misterio del habla" (31). "De eterno y bello hay apenas el sueño" (52), cuyo nicho logra que la imagen sustituya la palabra en los mejores museos nacionales: Marte, Muna, etc. El náhuat-pipil "tiene un secreto de piedra" que el canon artístico nacional "rehúsa saber que lo tiene" (Pessoa, 29).

Al revertir ese propósito surge el dilema del siglo XXI, ante un fundamentalismo nacionalista que suplanta los distintos niveles de análisis científico por creencias fervorosas. A casi un siglo, la propuesta espiniana de 1919 sigue a la obra, ya que la historia como ciencia de un idioma es una rama de la poesía, de las letras, en el doble sentido de la palabra. En los "poetas historiadores", "atletas", "educadores de la raza" y "con brazos de militar" se localiza el Archivo General de la Nación (Espino, 8, 56 y 57). En su "viaje a la semilla", ojalá que la nueva escena artística exija un estudio metódico de la lengua y de la tradición náhuat-pipil como cimiento de cualquier creatividad en un balance certero entre la síntesis poética y el análisis lingüístico.

## Referencias

- Arauz, Próspero. "Frasas del pipil". *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, T. 1, Nos. 3-4, 1926: 209-212. Fechado: La Majada, Juayúa, 7 de mayo de 1922.
- El pipil de la región de los Itzalcos*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1960. Prólogo de Pedro Geoffroy Rivas.
- Armas Molina, Miguel. *La cultura pipil de Centro América*. San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1974.
- Barthes, Roland. *Le degré zéro de l'écriture*. Paris: Éditions su Seuil, 1953.
- Beverly, John. *On testimonio*. Minneapolis, MN: U. of Minnesota P., 2004.
- Bloomfield, Leonard. *Language*. New York: Henry Holt., 1933.
- Boas, Franz. *General Anthropology*. Boston, MA: D. C. Heath, 1938.
- Campbell, Lyle. *The Pipil Language of El Salvador*. The Hague: Mouton, 1985.
- Carochi, Horacio. *Grammar of the Mexican Language (1645)*. Stanford, CA: Stanford U. P. and UCLA Latin American Center Pub., 2001. Translated and edited with commentary by James Lockhart.
- Carpentier, Alejo. "Viaje a la semilla". <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/carpen/viaje.htm>.
- Cultura. Revista del Ministerio de Educación*. No. 50, octubre-noviembre-diciembre de 1968.
- Chomsky, Noam. *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton, 1957.
- Aspects of a theory of a Syntax*. Boston, MA: The MIT P., 1965.
- Dakin, Karen. *Nuestro pasar, nuestra aflicción*. México D. F.: UNAM, 1996. Paleografía, traducción y notas de Karen Dakin. Introducción (XI-XLVII) y notas críticas de Chistopher H. Lutz.
- Søren Wichman. "Cacao and Chocolate: A Uto-Aztec Perspective". *Ancient Mesoamerica*, Vol. 11, 2000: 55-75. <http://email.eva.mpg.de/~wichmann/CacaoChocolate.pdf>.
- Dalton, Roque. *El Salvador, monografía*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1979.
- Espino, Miguel Ángel. *La mitología de Cuzcatlán. Literatura infantil nacional*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1919.

- Flores, Saúl. *Lecturas nacionales de El Salvador*. San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1940. Aprobado por la "Honorable Comisión Bibliográfica", Salarrué y Salvador Calderón Ramírez, 22 de septiembre de 1938.
- Fowler, William. *The Evolution of Ancient Nahua Civilization*. Norman, OK: Th U. of Oklahoma P., 1989.
- "La distribución prehistórica e histórica de los pipiles".
- Gallegos, Valdés, Luis. *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1989.
- Geoffroy Rivas, Pedro. *Toponimia náhuat de Cuscatlan*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1961.
- Yulcuitac/Versos. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1962/1978.
- El náwat de Cuscatlán. San Salvador: Ministerio de Educación, 1969. Ordenanza de 1666, 87-94.
- Guzmán, David. J. *Apuntamientos sobre la topografía física de la República del Salvador, comprendiendo: su historia natural, sus producciones, industria, comercio e inmigración, climas, estadística &*. San Salvador: Tipografía de "El Cometa", 1883.
- Comentarios sobre instrucción cívica y moral práctica y social*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1914
- Hasler, Andrés. *El nahua de la Huasteca y el primer mestizaje*. México, D. F.: CIESAS, 2011.
- Jiménez, Tomás Fidias. *Toponimia arcaica de El Salvador*. San Salvador: Tipografía La Unión, Dutriz Hermanos, 1936. Prólogo de Francisco Gavidia.
- Idioma pipil o náhuat de Cuzcatlán*. San Salvador: Editorial Nacional, 1937.
- Laínez, Juan. *Los pipiles*. Omega, 1907.
- Langacker, Ronald W. *An Overview of Uto-Aztecan Grammar*. Dallas, TX: Summer Institute of Linguistics, 1977.
- Lara-Martínez, Rafael y Rick McCallister. *El legado náhuat-pipil de María de Baratta*. San Salvador: Fundación Acces-Arte, 2013.
- Lars, Claudia. *Poesía completa II*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1999. Prólogo, compilación y notas de Carmen González Huguet.
- Latín, Augusto Salvador. *Iniciación al lenguaje náhuat*. San Salvador: Cenar, Ministerio de Educación, 1982.
- Lardé y Larín, Jorge. *El Salvador: Historia de sus pueblos, villas y ciudades*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2000. Primera edición: 1957.
- Toponimia autóctona de El Salvador oriental, central y occidental*. San Salvador: Ediciones del Ministerio del Interior, 1975, 1976 y 1977.
- Origen centroamericano de las altas culturas precolombinas*. San Salvador: Tribuna, 1947.
- Launay, Michel. *Une grammaire omniprédicative. Essai sur la morphosyntaxe du nahuatl classique*. Paris: CNRS Éditions, 1994.
- León-Portilla, Miguel. *La religión de los nicaraos*. México, D. F.: UNAM, 1972.
- Lockhart, James. *Nahuas and Spaniards*. Stanford, CA: Stanford U. P., 1992.
- Nahuatl as Written*. UCLA Latin American Studies, Vol. 88. Stanford: Stanford U. P., 2001.
- MacNeish, Richard. "Ancient Mesoamerican Civilization". *Science*, Vol. 143, No. 3606, February 1962: 531-537. <http://www.clas.ufl.edu/users/dcgrove/mexarchreadings/ancient.pdf>.
- Masferrer, Alberto. *En Costa Rica*. S/L: S/Ed., 1913.
- Matthew, Laura E. "El náhuatl y la identidad mexicana en la Guatemala colonial". *Mesoamérica*, No. 40, diciembre de 2000: 41-68.
- Sergio F. Romero, "Nahuatl and Pipil in Colonial Guatemala: A Central American Counterpoint". *Ethnohistory*, 59:4, Fall 2012: 765-783.
- Miller, Wick R. "The Classification of the Uto-Aztecan Languages base on Lexical Evidence". *International Journal of American Linguistics*, Vol. 50, No. 1, 1984: 1-24.
- Molina, Fray Alonso de. *Vocabulario de la lengua castellana y mexicana (1571)*. <https://archive.org/details/vocabularioenlen00moli>.
- Olmos, Fray Alonso de. *Arte de la lengua mexicana (1547)*. México, D. F.: UNAM, 2002.
- Pláticas piadosas en lengua mexicana vulgar de Guatemala*. Siglo XVIII. [http://dla.library.upenn.edu/dla/medren/pageturn.html?id=MEDREN\\_4163830&doubleside=0&rotation=0&currentpage=9](http://dla.library.upenn.edu/dla/medren/pageturn.html?id=MEDREN_4163830&doubleside=0&rotation=0&currentpage=9).
- Pessoa, Fernando. *Le marin/O marinheiro*. Paris: Librairie José Corti, 1968.
- Quignard, Pascal. *Rhétorique spéculative*. Paris: Gallimard, 1995.
- Revista del Ateneo de El Salvador*, 1912.
- Rivas Bonilla, Alberto. *Andanzas y malandanzas*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1997. Presentación por Horacio Castellanos Moya.
- Romero, Sergio. "We're not Mexicans!". <http://indigenouslanguages.org/wp-content/uploads/2013/04/We're-not-Mexicans.docx-WITH-REF.pdf>.
- Salarrué. *Catleya luna*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1974.
- Sapir, Edward. *Language*. Harcourt Brace, 1921.
- Schultze-Jena, Leonhard. *Mitos en la lengua materna de los*

- pipiles de Izalco en El Salvador*. San Salvador: Editorial de la Universidad Don Bosco, 2010. Traducción, interpretación y notas de Rafael Lara-Martínez. Segunda edición: 2014.
- Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco en El Salvador. Gramática*. San Salvador: Editorial de la Universidad Don Bosco, 2014. Traducción, interpretación y notas de Rafael Lara-Martínez.
- Siméon, Rémi. *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. México, D. F.: Siglo XXI Ed., 2006.
- Squier, E. G. *The States of Central America* (1858).
- Sullivan, Thelma. *Compendio de la gramática náhuatl*. México, D. F.: UNAM, 1976. Segunda impresión: 1998. Prólogo de Miguel León-Portilla.
- Teotamachtilizti In yiuliliz auh yni miquiliz Tu Temaquitzicatzim Iesu Christo quenami in quimpua teotacuiloque itach teomauxti*. Guatemala, siglo XVII.
- Todd, Juan. *Notas del náhuat de Nahuizalco*. San Salvador: Editorial Nosotros, 1953.
- Toruño, Juan Felipe. *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958.
- Vivó Escoto, Jorge. *El poblamiento náhuat de El Salvador*. San Salvador: Ministerio de Educación, 1972.
- Worf, Benjamin. *Language, Thought, and Reality*. Baoston, MA: MIT P., 1957.